

nado diciéndole que al fin había puesto freno á los indómitos dacios, y despues de haber causado á su regreso más estragos en un país tranquilo que puede originarse en tiempo de guerra, se adjudicó el triunfo, mientras que los poetas le comparaban á César y á los Escipiones.

Posteriormente fué reunido al imperio (92) el pequeño reino de la Chacida, poseido por el hermano y luego por el hijo de Agripa, último rey de los judíos. También marchó Domiciano contra los armatas, que habían exterminado una legión, si bien no sacó de esta expedición más que un motivo de fingidos triunfos y de poéticas adulaciones.

Durante la paz sabía soltar la rienda á aquella feroz energía que le faltaba en el campo de batalla. Habiendo proclamado el heraldo, por un error involuntario, emperador en vez de cónsul á Flavio Sabino, yerno de Tito, mandó dar muerte al heraldo y á su sobrino. Este fué el preludio de horribles tragedias. Ocurrióle hacer sacar el horóscopo á los magnates del imperio, y de aquí tomó ocasion para derramar la sangre de muchos senadores y caballeros. Alentados por él los delatores le proporcionaron henchirse, atestándose también ellos, con las riquezas que confiscaba bajo los más frívolos pretextos. ¿Se hacia popular un ciudadano ilustre? Consistía en que meditaba en la guerra civil. ¿Vivia retirado? Era una censura que dirigía al tiempo presente. ¿Se calificaba de ejemplar su conducta? Era un nuevo Bruto. El que aparecía indolente y estúpido ocultaba sangui-narios proyectos; si uno era activo y resuelto se ocupaba en preparar intrigas y trastornos; el rico poseía demasiado dinero para un particular; el pobre podía arrojarse á alguna peligrosa empresa, puesto que no tenía que perder nada. Cuanto más viles y detestables eran los espías, los sustentaba y acariciaba el emperador con más empeño; si quedaban convictos de calumnia, esta circunstancia hacia que tuvieran más mérito á sus ojos; en individuos de esta laya recaían los despojos del Estado, las dignidades pontificales, y hasta el consulado. Unos eran enviados á las provincias como procuradores; otros permanecían á su lado como confidentes íntimos y como ministros. Se sobornó á los esclavos para deponer contra sus señores,

á los libertos contra sus patronos; y aquellos que no tenían enemigos se encontraban vendidos y eran víctimas de la traición de hombres de cuya amistad no habían podido abrigar nunca la más mínima duda.

Bajo el reinado de este tirano no osaban los romanos comunicarse sus pensamientos, ni áun gemir juntos. Veían con pusilánime silencio á los tribunales convertidos en instrumentos de ruina; las rapiñas y los asesinatos paliados con el nombre de multa y de castigo, las islas infestadas de bandidos, los escollos henchidos de infelices degollados. Algunos arrastraban con intrepidez la muerte; madres y mujeres generosas siguieron al destierro á los objetos de su cariño.

A semejanza de todos los malos príncipes, tenía Domiciano horror á la historia y á los historiadores, de quienes desconfiaba. Herennio Senecion fué acusado de escribir la vida de Helvidio Prisco, y aunque había dulcificado las expresiones, como es fuerza resignarse á hacerlo bajo los tiranos, bastó que hubiera discernido elogios á un ciudadano generoso para que se le juzgara digno de muerte. Fannia, esposa de Herennio, confesó ingenuamente que había impulsado á su marido á aquel trabajo prestándole ayuda, y fué despojada de sus bienes y desterrada; pero llevó consigo el manuscrito culpable. Se tuvo por delito capital en Aruleno Rústico haber alabado á Thraseas Poeto; Hermógenes de Tarsos fué condenado á muerte porque se creyó haber encontrado en la historia que había compuesto alusiones á Domiciano, y fueron crucificados todos los que le habían ayudado á divulgar sus obras. Por un género de barbarie, nuevo en un todo, Domiciano mandó quemar públicamente los libros de más general renombre y en que brillaban más generosos sentimientos. Finalmente desterró á todos los filósofos y hombres de letras. Hubo algunos que renunciaron al estudio para entregarse al infame oficio de delatores; habiéndose refugiado el famoso sofista Dion Crisóstomo al país de los getos sin llevar consigo más que un tratado de Platon y una arenga de Demóstenes, se ganó la vida á cavar y á llevar agua.

Siendo un año abundantísima la cosecha de vino al mismo tiempo que había escasez de granos dedujo el emperador que se descuidaba

el trigo por la viña, decretó que no se plantaran nuevas vides en Italia; debía arrancarse en las provincias la mitad de las cepas, si bien no llegó á ejecutarse esta última medida.

También concibió odio Domiciano contra los cristianos, é hizo morir á gran número de ellos en Roma y en las provincias, como enemigos de la república (95). Había entre ellos miembros de la familia imperial, como Flavio Clemente, primo del tirano y su colega en el consulado; la esposa y la sobrina de Flavio, ambas llamadas Domitilas. Entonces fué cuando se vió confinado Juan, el apóstol muy amado de Jesucristo, á la isla de Patmos, donde escribió el Apocalipsis.

Para Domiciano era un deleite ver caer lágrimas, contar los latidos del corazón, y le encantaba observar como al eco de su voz temblaba el Senado. Se complacía en su interior en bromas llenas de crueldad. Así una noche convida á un banquete á los principales senadores y caballeros; á medida que llegan son conducidos á un salón todo cubierto de negro, donde el fulgor macilento de las lámparas permite descubrir ataúdes, é inscrito en cada uno de ellos el nombre de los convidados. Ante aquel espectáculo se convencen de que el instante fatal ha llegado para ellos; efectivamente les había amenazado el emperador diciéndoles cierto día que consideraba á la mayor parte de los caballeros como enemigos suyos, y que no se creeria seguro mientras quedase un senador con vida. Por último, despues de una larga ansiedad, aparecen hombres desnudos pintados de negro con el acero desenvainado en una mano y una tea en la otra, y despues de haber dado vuelta á la sala guardando el más profundo silencio, abren las puertas y despiden los dos primeros cuerpos del Estado, para quienes sucede al espanto la vergüenza de un escarnio insultante.

Habilísimo en tirar el arco, Domiciano hacia pasar una flecha por entre los dedos de un esclavo que le servía de blanco colocado á larga distancia; y en los solitarios solaces de su gabinete ejercitaba su destreza el señor del mundo en atravesar moscas con un punzon. Por eso Vibio Crispo, á quien se preguntaba si había alguien con el emperador, dió por res-

puesta: *Ni siquiera una mosca*; frase que pagó con la vida.

No cediendo en crueldad, ni en deleites vergonzosos á ninguno de sus predecesores, Domiciano era adulado como ellos vilmente por los romanos. Llamábanle, señor, dios, hijo de Minerva; títulos que se atribuía él mismo en sus epístolas y que le prodigaban Marcial, Quintiliano, Juvenal y otros escritores. Llenas estaban las calles que conduciann al Capitolio de víctimas degolladas delante de sus estatuas, que segun el texto de un decreto, no podían ser más que de oro ó plata. Instituyó los juegos capitolinos, que á semejanza de los de Olimpia debían ser celebrados cada cinco años con la mayor pompa. Además dió otros juegos los más espléndidos que había visto Roma. Hizo abrir cerca del Tiber un ancho lago, donde combatieron dos escuadras; hubieron de mezclarse mujeres en las sangrientas luchas de los gladiadores; ofreció á los ojos del pueblo verdaderas batallas de ejércitos enteros, dentro del anfiteatro, un hombre que temblaba de miedo en frente del enemigo. Habiendo sobrevenido durante el espectáculo una tempestad en que caía el agua á torrentes, prohibió que saliese de allí nadie; lo cual causó muchas enfermedades agudas y algunas de ellas mortales.

Ningun medio creía ilícito para subvenir á todas aquellas prodigalidades. Se apoderaba de buen grado de ricas herencias, ora acusando al difunto de haber hablado mal de su persona, ora apostando gentes para afirmar que le había instituido por heredero. Aumentaban los magistrados la carga á los impuestos hasta el punto de que muchas provincias se rebelaran abiertamente; así lo verificaron los nasamonos de Africa. Otra vez apareció un falso Neron en Asia, y acabó por retirarse entre los partos, quienes amenazaron con hacer la guerra al imperio. Lucio Antonio, gobernador de Germania, tomó el título de Augusto, que le fue confirmado por la mayor parte de los germanos, pero en breve fué derrotado y muerto. Sólo dos tribunos de cuantos fueron acusados de cómplices suyos lograron salvar la vida, si bien que se habían prestado al más vergonzoso libertinaje, haciéndose incapaces desde entonces de toda atrevida empresa.

Una conjuración descubierta asustaba á

Domiciano hasta el extremo de hacerle temer de continuo otras nuevas empresas, y con más motivo á consecuencia de haberle anunciado un fin próximo diversos prodigos y predicciones formales. De consiguiente temblaba en proporcion al terror que infundia, lo cual le obligó á tomar las mejores precauciones que pudo contra el peligro, hasta revestir su aposentos con una piedra que reflejaba los objetos, á fin de que nadie pudiera acercársele sin ser visto. Además, pensó en deshacerse de todos aquellos que le inspiraban desconfianza, y ya habia formado la lista de ellos, cuando un niño con quien se divertia, se la quitó durante su sueño llevándosela consigo. Asustada la emperatriz de ver allí su nombre y el de los primeros personajes, se concertó con ellos á fin de evitar aquel trance. Farseno, su primer criado, introdujo al liberto Esteban, que, llevando la mano á su cuello en la actitud de un hombre herido, le presentó un escrito que revelaba la conjuración, y aprovechó el momento en que leía para descargar el golpe. Domiciano se defiende y el asesino es muerto por gentes del palacio extrañas á la trama, pero sobrevienen los demas conjurados y hacen exhalar al emperador el último aliento.

Acababa de cumplir cuarenta y cinco año, y habia reinado quince. Convocado inmediatamente el Senado profirió mil ultrajes contra aquel á quien poco antes prodigaba aún sus adulaciones; hizo borrar su nombre de las inscripciones, derribar sus estatuas y sus arcos de triunfo, y anuló sus actos. Permaneció el pueblo indiferente, porque no descendian hasta él las persecuciones y disfrutaba de magnificencias y de juegos. Sintieron más su muerte que la de Vespasiano y de Tito los soldados á quienes habia aumentado sus haberes, y se hubieran entregado á excesos á no ser contenidos por sus oficiales.

Domiciano es el último de los principes designados con el nombre de los doce Césares.

CAPITULO VIII.

Nerva y Trajano.

Pareció al Senado la muerte de Domiciano ocasion oportuna para libertarse del despotismo militar. Aquí se nos presenta un nuevo fe-

nómeno, y es la escuela estóica acometiendo la empresa de oponerse al tiránico influjo del ejército. Con efecto, preponderante esta escuela filosófica en el Senado se esfuerza por colocar en el trono á sus hechuras, y consigue dar á Roma una série de Césares, que es justo contar entre sus soberanos. Fué el primero Marco Cocceyo Nerva, oriundo de la Creta y nacido en Narni, quien se hizo agradable á los ojos de Neron por sus poesías hasta el punto de erigirle el emperador una estatua. Tal maña se dió la faccion estóica, que contaba con su persona, á divulgar predicciones y horóscopos acerca de su futuro reinado, que á pesar de su timidez, le determinó á aceptar el trono. Despues de consagrar las pretorianos la primera pesadumbre al emperador difunto no tardaron en reconocer el nuevo. Entretanto, en medio de los parabienes que recibia Nerva, Arrio Antonino se afligió con él de que despues de haber escapado por por su virtud y su prudencia de tan malos príncipes, se hallara á la sazón en una situacion en que descontentaria á amigos y á adversarios, y más todavía á los primeros tan luego como les negara una gracia.

Nerva se creia encumbrado á la categoría suprema en interés del pueblo y no para satisfaccion propia; de este modo supo armonizar la dulzura de la libertad con el sosiego de la monarquía. Restituyó á los ciudadanos desterrados por delitos de lesa majestad su patria y su hacienda; amenazó con su ira á los delatores; castigó á los esclavos y á los libertos que habian denunciado á sus amos y patronos. Prohibió todo procedimiento por delito de lesa Majestad y contra los que vivian á estilo de los judíos y juró no condenar á ningun senador á muerte. A fin de alijerar los impuestos y de poder abolir el odioso tributo del vigésimo sobre toda sucesion ó manda, disminuyó los gastos suprimiendo espectáculos y sacrificios, no permitiendo que se erigieran estatuas de plata ni de oro, y moderando el boato de su palacio. Posteriormente, como se hallara todavía demasiado pobre para recompensar servicios ó para socorrer infortunios, vendió parte de su vajilla particular y muchas de sus propiedades. Tambien distribuyó muchos terrenos á la clase de ciudadanos pobres. Hizo educar en todas partes á expensas del Estado á los niños menesterosos;

prohibió la eviracion, y se aplicó á corregir las costumbres y á administrar justicia. Siempre se condujo, en fin, como si en un instante dado hubiera debido tornar á la vida privada.

Acostumbrados como estamos á ver comenzar venturosamente reinados detestables, pudiera esperarse ver desmentida la conducta de Nerva; más no fué así por fortuna, y la única inculpacion que puede dirigirse es, que por exceso de benignidad ni aun castigaba á los perversos. Cierto es que habiéndose restituido al Senado la libre posesion de los juicios, admitió las acusaciones contra los espías del reinado precedente, y que castigó á los unos con la pena de muerte y á los otros con la de destierro; pero cuando quiso intentar procesos contra ciertos conspiradores, fiel Nerva á su juramento impidió que se llevaran adelante. Semejante clemencia pareció impolitica al cónsul Fronton, quien decia que si es una gran desgracia vivir bajo el gobierno de un príncipe que todo lo prohíbe, no lo es ménos tener un príncipe en cuyo reinado es lícito todo.

En efecto, abusaron de aquel exceso de bondad los pretorianos, y habiéndose pronunciado en tumulto, asaltaron el palacio para obligar á Nerva á que les entregara los asesinos de Domiciano. Vanamente se opuso á su furia, llegando hasta presentarles desnudo su pecho; hubo de ceder, de permitir dar muerte á los conjurados y de agradecer á los pretorianos por haber purgado de ellos al mundo.

Entonces comprendió la necesidad de elegir por sucesor un hombre capaz de empuñar con mano firme las riendas del Estado; y la más bella accion de su reinado fué haber adoptado á Marco Ulpio Trajano (27 de Junio de 98), con quien dividió al punto la autoridad elevándole al tribunado.

Trajano, vástago de una familia italiana más antigua que ilustre, habia nacido cerca de Sevilla, sirviendo en su mocedad contra los partos. En tiempo de Domiciano se habia retirado para vivir seguro á su patria, desde donde se le envió á gobernar la baja Germania. Allí se hizo amar de los soldados; pero, sin maquinar á impulsos de un pensamiento ambicioso, sin esperar nada siquiera, se contentaba con aquella posicion, cuando le designó Nerva por sucesor suyo, llevado de su buena fama, y cuando le

sucedió á los cuarenta y dos años no defraudó sus esperanzas.

Hizo su entrada en Roma á pié, en medio de inexplicables trasportes de alegría, y en el momento de entrar en el palacio, volviéndose al pueblo su esposa Pompeya Plotina, dijo: *Espero salir de aquí como he entrado*. Robusto de cuerpo y duro para la fatiga, de noble apostura y de afales modales, con poca instruccion literaria, aún afecto á los hombres instruidos, fué el mejor capitan de su siglo; en los campamentos no se le hubiera distinguido del último soldado, pues vestía como ellos, compartiendo su sobriedad y sus ejercicios. Hacia las marchas á pié, conocia individualmente á sus veteranos y sus hechos de armas, sin que su afabilidad dañase en nada á la disciplina.

Al tomar posesion del poder supremo declaró, que se consideraba obligado á observar las leyes respecto de cada ciudadano, y jamás faltó á su palabra. En las liberalidades que hizo, tanto á los soldados como al pueblo, comprendió á los ausentes, y, cosa nueva, á los niños de ménos de doce años. Segun se cuenta, sus larguezas proporcionaban el sustento á dos millones de personas. Siempre mantuvo el trigo á un módico precio, destinó considerables sumas á la educacion de los niños pobres, dió espectáculos de gladiadores, si bien desterró á los cómicos, á quienes Nerva habia permitido aparecer nuevamente. Gastó mucho dinero en abrir la puerta de Civita-Vecchia y ensanchar el circo, donde prohibió que se pronunciase su nombre, á fin de libertarse de los aplausos prodigados á tantos malos principes. Por último, vedó á los abogados recibir dinero de los litigantes, quiénes debian jurar no haberle dado ni prometido cosa alguna.

Deseoso de curar las llagas de la anarquía y de la tiranía, disminuyó, siempre que el bien público parecia requerirlo, las rentas, la autoridad y las prerogativas del emperador. Derogó las leyes de lesa majestad, castigó á los delatores y puso coto á las concusiones, alentadas por la indulgencia excesiva del reinado precedente. Cerca de él tenian libre acceso los ciudadanos de todas las categorías, y acogia bondadosamente sus pareceres. Para los destinos buscaba las personas más dignas, y era de opinion que no se necesitaba de fingimientos en